

“El lenguaje sin la experiencia es impensable. La experiencia sin el lenguaje es estéril, y la experiencia y el lenguaje sin el amor no llevan a lo que convierte en humana a la educación de nuestra especie.”



Treinta clases 23 de lengua por semana

La mejor manera de darnos cuenta de las competencias lingüísticas de la mayoría de los jóvenes es metiéndonos en los múltiples foros que hay en el Internet en los que se discute sin andarse con rodeos, y al mismo tiempo – justamente debido a la espontaneidad con la que se expresan ahí – resalta la limitación de sus capacidades lingüísticas. Todos conocemos el problema: no sólo los maestros, y entre ellos los de estudios comerciales, reprochan a la escuela que los alumnos graduados no saben expresarse en su idioma, sino que los docentes de las escuelas superiores y de la universidad se quejan de lo mismo.

Pudiéramos ignorar la cuestión advirtiéndole que todos logran de una manera o de otra salir adelante en la vida. Pero como maestros no podemos dejar pasar esto. Tenemos una tarea doble: identificar las causas de esta situación deplorable y encontrar maneras adecuadas para mejorarla.

Las causas, ya se sabe, son múltiples y en parte se deben a factores extraescolares. No hablaremos de ellos aquí. Yo opino que, en las escuelas, la manera actual y dominante de enseñar el idioma es en parte responsable de esta degradación. Se le pone demasiado énfasis al efecto positivo de la comprensión del lenguaje y a su conocimiento y se desatiende en cambio el hábito de expresarse correctamente, oralmente y por escrito, mediante el ejercicio perseverante.

También pienso que uno de los factores, y no de los mínimos, causante de esta situación desafortunada es que todo el peso del desarrollo lingüístico se le deja al maestro de lengua con las pocas horas que tiene a su disposición.

Es el resultado de la mentalidad escolar: cada uno tiene su materia, su especialidad, como en las grandes empresas, nadie se adentra en el terreno del otro. Pero no se trata de inmiscuirse, se trata de *compartir responsabilidad*.

Por esta razón hay que tomarse en serio el título de este capítulo. Las treinta horas de lecciones semanales a las que asiste un alumno deben de servir también para cultivar su expresión oral y escrita.

Ya me parece escuchar las protestas: “Me parece muy bien pero si me comporto como Ud. lo sugiere, los alumnos me van a decir en mi cara: ¿Qué le importa a Ud. la manera de expresarme, cómo uso la gramática y aplico la ortografía? Tenemos clase de geografía y no de lengua.” Ahí está el problema, pero al menos deberíamos darnos cuenta de cuál es la actitud fundamental que los hace reaccionar de esta manera. Consideran la escuela no como una organización de ayuda, sino como un campo de batalla. Ahí, lo que vale es evitar lo más posible todo esfuerzo y sobre todo, tratar de no cambiar nada mientras no sea necesario. Repito, esta actitud sólo es posible porque los alumnos no se identifican con las metas más fundamentales de la educación escolar. Ven el plan de estudios como algo que se les impone de fuerza y no, como debería de ser: como objetivos que uno mismo quiere alcanzar. Y si lo contemplaran así, entonces aceptarían agradecidos todo tipo de consejos para mejorar su capacidad de expresión escrita y oral.

Pero los resultados insuficientes de la educación no justifican la idea de que todo el *corpus* escolar tenga que responsabilizarse con el desarrollo de las competencias lingüísticas de los alumnos. Las razones son más profundas. Cada materia o disciplina depende, entre otras cosas, del lenguaje. Por eso, independientemente de lo que enseñe, cada maestro carga con la responsabilidad de promoverlo.

El lenguaje es la casa del intelecto en la que todos vivimos. Está en estrecha relación con el pensamiento. Ambos, el *lenguaje* y el *pensamiento* reposan en el mismo fundamento, o sea, en los conceptos integrados a nuestra conciencia que, según las leyes de la lógica, se ponen en relación unos con otros. Por eso, una frase correcta corresponde a un pensamiento claro. Y como en cada disciplina hay que pensar, le incumbe a todos los maestros la responsabilidad de enseñar no sólo a pensar correctamente, sino también a expresarse claramente.

Por eso, cada maestro, no importa de que materia, tiene la oportunidad de ayudar a desarrollar capacidades lingüísticas para alcanzar mayor claridad de pensamiento. Los alumnos deben poder experimentar así, el vínculo

entre lenguaje y pensamiento. Si yo fuese maestro de matemáticas o de física, mis alumnos deberían poder formular con frases claras cada relación lógica y cada ley física, antes de expresar estos pensamientos con fórmulas matemáticas. Yo no me daría por satisfecho con una recitación, por fluida que fuese, de “ a más b al cuadrado es igual a a al cuadrado más dos ab más b al cuadrado”. Los alumnos deberían de poder traducir esta fórmula matemática abstracta en un lenguaje comprensible y no recitado de memoria.

Sin embargo, el lenguaje no es nuestra morada intelectual sólo por el hecho que nos permite *asir mentalmente el mundo*, captarlo y comprenderlo con nuestros pensamientos, sino también porque nos permite *comunicar* con el prójimo. Y como uno comunica en todas las disciplinas, en cada una podemos practicar la manera correcta de hablar.

Lo esencial de la competencia lingüística es poseer un rico *vocabulario* y ser capaz de *expresarse correctamente desde el punto de vista gramatical*. Pero ahí no se termina la cosa, pues lo esencial - o si se quiere, el “núcleo” - está envuelto de una cierta capa que es la que perciben los auditores y lectores. Al hablar, esta capa la constituye la *articulación y todas las posibilidades retóricas de expresión*; al escribir, es la *ortografía correcta y la puntuación*.

Sin duda alguna, el cultivo de esos dos aspectos de la competencia lingüística pertenece a lo esencial de la enseñanza del lenguaje. Pero la meta – escribir y hablar correctamente – es tan difícil de alcanzar, que está más allá de lo que puede lograr el maestro de lengua a menos de que los demás maestros lo ayuden o, si él es el único maestro, que lo haga en todas las disciplinas. No tiene ningún sentido que un alumno sólo se esmere usando el vocabulario adecuado, aplicando las reglas de gramática, ortografía y puntuación en los deberes de lengua, y que en las otras disciplinas viole alegremente todas las reglas. La escuela como institución en general debe cuidar que las metas centrales de cada disciplina o materia se mantengan en todos los trabajos que realizan los alumnos.

¿Cómo se pueden poner en práctica, en las clases, las ideas que aquí he expuesto? Veo tres posibilidades para lograrlo:

La *primera*: Creando muchas ocasiones para llevar a cabo discusiones en las que los maestros y alumnos se esmeren en la manera correcta de expresarse. Es imprescindible también que, en la mayoría de las disciplinas, se utilice un lenguaje estándar. La *discusión libre entre alumnos* es particularmente útil. Es apropiada cuando *los alumnos* pueden descubrir conocimientos *por ellos* mismos, observando, describiendo imágenes, exponiendo su posición ante un problema dado o interpretando textos. La habilidad de un maestro se

nota en cómo su clase practica el arte de la discusión.

Segundo: Corrigiendo, mediante las correcciones que hace el maestro. Desgraciadamente, hoy en día se ha propagado la idea de que corrigiendo al alumno se le oprime, hiere, desanima y se aumenta su sentimiento de inferioridad. Por lo tanto, cuando el maestro opta por no corregir, mata a dos pájaros de un tiro: se convierte en “buena gente” y se deshace de la tarea más engorrosa de la profesión. Si esto se institucionaliza, no deberemos sorprendernos más de los resultados mediocres en la enseñanza y podremos abandonar tranquilamente todos los sistemas que aseguran su calidad.

Admitamos que corregir puede herir y desanimar, pero esto ya se sitúa a un nivel muy distinto y depende de la relación emocional que existe entre el alumno y el maestro. En una atmósfera de aceptación, el maestro puede agregarle una “h” a la “ormiga” sin que el niño - mismo de primer grado escolar - se ofenda. Y cuando le pidamos al niño que vuelva a escribir la palabra, no lo hará como castigo, sino que lo tomará como lo que es, una ayuda. En nuestras actividades de recreo aceptamos con toda naturalidad que se nos corrijan movimientos o maneras de hacer errados y que nos pidan volver a hacerlos correctamente, sólo en la escuela esto parece moralmente sospechoso.

Las correcciones *en lo escrito* son necesarias no sólo en las clases de lenguaje/gramática sino también en las disciplinas científicas. A ningún maestro se le ocurriría que las faltas de lengua que ha corregido influyan en la nota final.

Las correcciones a *nivel oral* son igual de importantes. El arte del maestro corrector consiste en no hacer demasiada bulla, ni al corregir, ni al constatar los progresos consecutivos. Me dió buen resultado cuando yo decía la palabra correcta o la expresión adecuada casi como quien completa una idea y siguiendo la manera de hablar del alumno. Los alumnos se acostumbraron a repetir la palabra y a continuar su exposición. Algunos ni siquiera percibieron que los había corregido.

Tercero: Lo decisivo es dar un buen ejemplo. Para un maestro es una tarea de toda la vida, la de elevar su propia competencia lingüística: ocuparse de escoger palabras ilustrativas, comprensibles y variadas, formular sus frases correctamente y hablar en tono bien audible a sus alumnos.

En este contexto, me gustaría hablar de dos formas de enseñanza que la didáctica actual no aprecia demasiado: la *enseñanza frontal* y la *narrativa*. En ambos casos la expresión oral del maestro desempeña un papel ejemplar.

La *enseñanza frontal* es la forma original de toda enseñanza. Aquél que

sabe algo lo transmite a quienes lo quieran escuchar o que lo necesiten saber. Esta forma de enseñanza sigue teniendo sus ventajas y sus efectos positivos. La información necesaria y lo que esté a ella relacionado se puede transmitir de manera muy eficiente y sin problema. Así también, los alumnos reciben una y otra vez un modelo de cómo se analizan los problemas, se emiten juicios y se presentan los conocimientos.

Al *contar* o *narrar* uno informa sobre acontecimientos únicos que los alumnos no pueden adquirir mediante conversaciones o reflexiones lógicas. Aquél que está informado, ya sea el maestro o el alumno, cuenta lo que sabe a los demás.

El *contar* o *narrar* es algo que se ha criticado mucho. Se considera problemático que el maestro ocupe el centro de la atención, que los alumnos dependan mentalmente de él y se les mantenga pasivos. Pienso que esta crítica es injusta. El que escucha, traduce las palabras en imágenes mentales, participa emocionalmente, es tan activo como aquél que está contando. Narrador y auditor mantienen una relación equilibrada, ninguno se halla en el centro, lo que está en el centro es lo que se cuenta, o sea, la historia a la que ambos se entregan.

Contar y escuchar son actos realmente elementales. Por miles de años, gente de todas las culturas ha contado - y transmitido así - sus conocimientos fundamentales a las generaciones siguientes. Por eso no es raro que los niños acepten con gusto, dejando para más tarde lo que están haciendo, que alguien les cuente un cuento si lo hace de manera asequible y con cierto suspenso para ellos.

Hoy en día, muchos niños han dejado de ir con gusto a la escuela, y al hacerse mayores, más se acrecienta esta actitud de rechazo. Yo opino que esto se debe al hecho que la escuela ha puesto demasiado énfasis en el aspecto intelectual - lo que Pestalozzi llama "cabeza" - y ha descuidado no solamente la "mano", sino también el "corazón". Un buen cuento promueve siempre los sentimientos, las emociones. Para los educadores que quieren abolir, o marginalizar, que se cuenten cuentos en clase, debería de estar claro que así perderíamos una de las mejores oportunidades para generar emociones en los niños, para suscitar su interés y para que colaboren con placer al proceso de aprendizaje.

Los resultados positivos de contar cuentos los pude comprobar una y otra vez durante mis veinte años de enseñanza a los maestros. Cuando empezaban sus estudios para ser docentes, a los dieciséis años, les preguntaba a menudo a mis alumnos lo qué recordaban de las clases de historia que habían tenido. La triste verdad es que sólo unos cuantos las habían disfrutado

y habían desarrollado interés por la disciplina. Siempre se trataba de los que habían tenido maestros que les contaban regularmente historias fascinantes.

Por eso recomiendo que aprovechemos cada oportunidad para contar cosas interesantes en todas las disciplinas, y no únicamente en los primeros años de la primaria, sino a todos los niveles. De esta forma, no sólo condimentaremos nuestra propia lección, sino que con nuestro ejemplo contribuiremos al mismo tiempo a la “educación lingüística en todas las disciplinas”.